



Ernesto Sábato y Jorge Luis Borges. Foto: Revista Gente

escrito en todo el continente, o tal vez mucho antes, porque tuvo prestigio en la República de las Letras casi desde la adolescencia.

Del mexicano Alfonso Reyes llegó a decir que jamás había leído mejor prosa en toda la historia de la literatura española. Nunca se supo si ese comentario era un cumplido, una descripción o una ironía. ¿Qué se podía decir de un autor como Reyes más allá de resaltar la calidad de su prosa? Y tal parece que desde ese momento cuando se afirma que un autor tiene buena prosa, es momento de dudar, ya que puede ser el mejor de los cumplidos o sólo una salida para no hablar mal de nadie.

En detrimento de Borges, podemos aclarar que no temía hablar mal de sus colegas (quizá ni siquiera los considerara como tales). De Ernesto Sábato (él lo llamaba Ernesto Sótano) llegó a hacer comentarios hirientes respecto a la calidad de sus frases. Son conocidas las opiniones que tenía respecto de su novelística, demasiado densa en su estilo, demasiado psicológica para el gusto de quien entonces fuera el director de la Biblioteca Nacional de Argentina. Pero no fue el

único al que atacó. Otro escritor que también sufrió los desprecios borgianos fue quien hoy nos atañe.

Si hay un autor que estuvo a punto de desbancar a Borges como el gran escritor argentino ese fue Roberto Arlt. Es un autor peculiar, contemporáneo del primero, ya que nació un año después, en 1900. Murió demasiado joven, con apenas cuarenta y dos años. Cuando Borges comenzaba a escribir los libros que lo harían un clásico, porque recordemos que *Ficciones* fue publicado en 1941, cuando Borges ya era un hombre de 42 años, Roberto Arlt ya había escrito toda su obra y había desaparecido de la Tierra.

Se trataba de los dos escritores más prometedores de Argentina en los años veinte y treinta. Eran como el agua y el aceite. Uno era la prosa estilizada, con historias fantásticas; el otro, la prosa sucia pero muy intensa, con un realismo crudo. Por desgracia Arlt ha quedado en la sombra y mucho tiene que ver la fama que se le hizo respecto a que era un mal escritor, un mal escritor en el sentido de que su prosa no es depurada. Hablamos de un juicio bastante cuestionable.



Roberto Arlt. Foto: EFE

LAS NOVELAS DE UN HIJO DE INMIGRANTES

El padre de Arlt era alemán. Se sabe que desde pequeño tuvo muy mala relación con él, cuestión que le dio material para escribir sus novelas, de tono dostoevskiano. Su madre albergaba la afición por la astrología y el oscurantismo. Le heredó el gusto por las ciencias ocultas, elemento que se distingue en su obra.

Cuando era adolescente, y a raíz de las constantes peleas con su padre, fue expulsado de la casa familiar. Desde ese momento su existencia se convirtió en una especie de aventura desenfundada que le daría la perspectiva desgarradora tan particular de sus historias.

En 1924 publica su primera novela, con el patrocinio de Ricardo Güiraldes, autor de *Don Segundo Sombra*. El libro de marras originalmente se titulaba *La vida puerca*, pero Güiraldes, quien también era su jefe en el periódico, decidió modificar el título por *El juguete rabioso*. Desde la aparición de este volumen en los cafés y en la tertulias de Buenos Aires la escritura de Roberto Arlt fue la polémica, hasta nuestros días.